

PRESENTACIÓN

Los ensayos que componen este libro salen al paso de una inquietud específica de las democracias actuales, a saber, cuál es y cuál debe ser la función que la ciudadanía cumple en ellas. Si dicha inquietud no existiera, en muchos de los países de nuestro entorno, no se habría suscitado el debate en torno a la necesidad de una educación cívica, la incivilidad no sería una de las preocupaciones permanentes de las grandes ciudades, la abstención electoral no aumentaría, y el pensamiento político no habría producido movimientos como el comunitarismo o el republicanismo, movimientos críticos con la ideología liberal precisamente porque no ha sabido ir más allá de una concepción excesivamente jurídica y formal de ciudadanía.

No sólo la ideología liberal es culpable del déficit de ciudadanía. Las circunstancias que rodean a la política democrática en la actualidad, entre ellas la existencia de un modelo económico que ha convertido el consumo en el único *télos* de la existencia humana, no ayudan a formar un tipo de persona que se sienta partícipe y comprometida de verdad con los valores y principios éticos y democráticos. Etimológicamente, democracia significa soberanía del *démos*, palabra que hoy podemos traducir por «pueblo», «sociedad» o «comunidad». Pero las democracias actuales no tienen como escenario un *ágora* en la que los ciudadanos se congreguen para decidir sobre las cuestiones que les conciernen a todos. La democracia que conocemos y que es posible en nuestras sociedades complejas y plurales es una democracia representativa en la que los ciudadanos delegan en sus representantes el oficio de gobernar y se desentienden del mismo o se refieren a él sólo para criticarlo. Es además una democracia de partidos, donde los grupos políticos suelen estar más pendientes de los intereses del partido a que pertenecen que del interés general. Es

asimismo una democracia mediatizada por unos medios de comunicación que, a la vez que proporcionan información inmediata sobre todo lo que ocurre y tiene relevancia política, lo hacen con excesiva premura y poco cuidado, atendiendo a fines más comerciales que de servicio a los intereses ciudadanos. Las democracias se encuentran en estados de derecho que se confiesan laicos, pero vienen todos ellos de tradiciones religiosas que siguen interfiriendo en muchas decisiones de carácter estrictamente político. A su vez, los estados de derecho son estados vinculados a naciones que se construyeron sobre unas estructuras y unos intereses hoy periclitados. En la época de la globalización, pocos aspectos de la justicia tienen una dimensión estrictamente nacional, por lo que exigen planteamientos que trasciendan las prerrogativas de un Estado. El pensamiento que ha servido de base a las democracias actuales ha sido el liberalismo en el sentido más amplio, más positivo y también más peyorativo del término. Democracias liberales son las democracias que han ido haciendo suyos los derechos civiles, políticos e incluso sociales —no siempre en la misma medida—, y que, en cualquier caso, se han construido en torno al valor inalienable del individuo y sus libertades. Esa primacía de la libertad es, al mismo tiempo, un presupuesto y un inconveniente para construir ciudadanía. Es un presupuesto y una condición porque la libertad es sinónimo de soberanía y el ciudadano tiene que ser, por definición, un ser capaz de decidir por sí mismo y con posibilidades para hacerlo. Al mismo tiempo, vivir en sociedad significa compartir intereses comunes y también estar al servicio de ellos. Ese equilibrio entre el disfrute de unas cotas de libertad cada vez mayores y el deber de hacerse cargo del mantenimiento y la provisión de ciertos bienes básicos a los que todos tienen derecho es uno de los objetivos más difíciles de conseguir. Las críticas que el pensamiento liberal ha ido recibiendo a lo largo de los últimos decenios tienen todas ellas un denominador común: las democracias liberales adolecen de capital social, los ciudadanos no viven cohesionados y no se sienten motivados para hacerse cargo de unas obligaciones que conciernen a todos. De todas las teorías políticas actuales, el republicanism, con su crítica a la concepción puramente negativa de libertad y su insistencia en la necesidad de hacer individuos virtuosos, es la teoría que mejor recoge las deficiencias de la ciudadanía en nuestro tiempo.

Los artículos que aquí se compilan son el resultado de una reflexión llevada a cabo y puesta en común por el conjunto de colaboradores de este volumen. El motivo inicial de la misma fue la hipótesis que da título a este libro: tenemos una democracia sin ciudadanos. Una hipótesis sin duda provocativa, que quiere poner de manifiesto las dificultades especí-

ficas de nuestro tiempo para hacer de las personas seres comprometidos con los intereses públicos. La llamada desafección ciudadana, la falta de credibilidad que tiene la política, los comportamientos incívicos en las concentraciones urbanas, la decreciente participación en las contiendas electorales, la ausencia de una auténtica deliberación sobre las decisiones públicas, la reincidencia en la corrupción, son muestras claras de que la escisión entre individuo y sociedad, entre interés particular y bien común, adquiere hoy características peculiares.